

ha sabido defender sus glorias cuando se la ha insultado, jamas ha pretendido edificar su esplendor sobre ruinas ajenas.

La persecucion cruel que suscitó contra la religion en el imperio del Japon el cruel y perverso tirano Taycosama en el año de 1634, era motivo mas que suficiente para que otros ministros menos esforzados que los Dominicos hubieran tomado el consejo de Jesuchristo; y sacudiendo el polvo de los pies, desamparasen un país tan duro y tan rebelde. No lo hicieron los hijos de Santo Domingo; porque están persuadidos de que la religion de Jesuchristo no se fundó, ni se estendió, ni se conserva sino con la sangre derramada de sus ministros. Desapareció del Japon la religion Católica, pero gloriosamente; porque sus ministros fueron muertos, es verdad, pero vencidos no.

PARRAFO CUARTO.

ORIGEN DE LAS MISIONES EN EL REINO DEL TUNKIN, Y SERVICIOS DE LOS MISIONEROS DOMINICOS ESPAÑOLES EN AQUEL REINO.

Con motivo de la persecucion que destruyó la religion Católica en el imperio del Japon, salieron para Macao algunos padres Jesuitas, y entraron en el reino del Tunkin invitados por Vintho, Rey de aquella nacion. Fueron tan felices los trabajos de los Padres Jesuitas, que apenas habian pasado veinte años, cuando se vieron precisados á pedir el auxilio de otras órdenes religiosas. El Romano Pontífice escogió para esta santa empresa á los Dominicos españoles. Correspondieron á la confianza del Santo Padre tan cumplidamente, como lo habian hecho en el Japon y en diferentes Provincias de la China. La sagrada Congregacion de propaganda decia á su Santidad en su informe de 1745: "Convendria fijar el vicariato del Tunkin oriental en los Dominicos españoles, que en todas ocasiones han manifestado *gran celo* por la propagacion de la fé, y *jamás* han hecho cosa alguna contra la pureza de la Doctrina y *perfecta* obediencia á los decretos de la Santa Sede."

Su Santidad accedió á lo propuesto por la Sagrada Congregacion. Precisados los Misioneros de otras órdenes religiosas por la escasez que padecian de individuos, á separarse de la China, quedaron casi solos los Dominicos españoles. Estinguida la Compañía de Jesus, se vieron privados en el reino del Tunkin de unos compañeros sabios, activos y celosos; que habian trabajado con tanto fruto en aquellos países, como en todos los que tuvieron la dicha de acogerlos. Ninguno estrañe que haga en este lugar una honrosa mencion de estos varones tan ilustrados como apostólicos. Yo los veo perseguidos, calumniados y puestos á pública discusion, como si fueran públicos malhechores. Si por la relajacion de un tribunal, ó por la escandalosa vida de algun monasterio se hubiera de juzgar de las corporaciones, ó de las órdenes religiosas, ya hace tiempo que debieran haber desaparecido todos los tribunales y las mas esclarecidas Religiones. Cuando los eternos declamadores contra los Jesuitas presenten unos títulos tan merecedores del público aprecio, como tienen los hijos de San Ignacio, entonces ya pudiera tolerarse la censura de sus enemigos. Pero al considerar que sus antagonistas son del todo desconocidos en la sociedad; y que ni la religion, ni la humanidad, ni la literatura recibieron de ellos ningun favor, ¿cómo tienen valor para juzgar y hasta condenar á los que convirtieron y civilizaron tantos reinos salvages, erigieron tantos asilos para consuelo de la orfandad y de la indigencia, levantaron tantos magníficos templos para dar culto á Dios, tantos colegios para la instruccion de la juventud y nos legaron tantos adelantos y tantas obras selectas en todas las ciencias! ¡Miserables! El mas inferior de los Jesuitas, comparado con vosotros, es un gigante.

Pero volviendo á los trabajos de los Dominicos españoles, decia, que desamparados y solos en aquel país gentil, se vieron precisados á tomar la direccion de los cristianos, que habian quedado privados de ministros. Grandes fueron las persecuciones que sufrieron los Misioneros en aquel reino, y muchos derramaron su sangre por la fé de Christo; pero siempre han permanecido constantes en su santo propósito. Al lado de los fieros y crueles gentiles resplandecian los valerosos y constantes mártires tunkinos, dignos de ser comparados con los de la primitiva Iglesia. Los Tunkinos son

de un carácter fogoso, y dotados de mucha firmeza de ánimo; y así es, que son regularmente, ó en extremo malos, ó en extremo buenos.

Los Dominicos españoles obligados á vivir por el dia ocultos en los subterráneos, para librarse de los tiranos, se empleaban en la instruccion de los jóvenes cristianos, escogiendo los mas aptos para el ministerio. Su constancia consiguió el que actualmente tengan treinta religiosos Dominicos indígenas, y diez y ocho sacerdotes seculares. Parece imposible que unos pocos religiosos, ocultos por el dia en las cuevas, y distraídos por la noche en las tareas apostólicas, pudiesen dedicarse á la enseñanza de unos jóvenes rudos, neófitos y de lengua tan diferente. Pero el que tiene grande caridad siempre obra cosas grandes, y el que no la haga, es prueba de que no la tiene. Estos Ministros, como peritos en la lengua y conocedores de los usos y costumbres del pais, son de grande utilidad á los Misioneros españoles; especialmente en tiempo de las persecuciones.

Consideraban los Dominicos, que uno de los medios mas eficaces para extender la Religion en el Tunkin, y vencer la tenaz rebeldia de los idólatras, seria erigir monasterios de vírgenes sagradas; escogiendo de entre las convertidas jóvenes tunkinas las de una virtud sólida y probada que se ofreciesen voluntariamente á tan heroico sacrificio. Estaban persuadidos los Misioneros, que las vírgenes sagradas son la mas escogida porcion de la Religion, el ornamento de la Iglesia, y el mas sólido apoyo de la felicidad de los reinos. Las esposas consagradas á Christo son las puras y candidas tortolillas que con sus virginales gemidos adormecen al Rey de la Gloria, detienen su ira contra los pecadores, y tienen en su mano las llaves del Cielo. Recogidas dentro de los claustros, separadas del trato hasta de sus mismos padres, olvidadas del todo de las cosas del siglo, atentas á la mortificacion, amantes de la soledad, continuas en la meditacion (las vírgenes sagradas que no tengan estas cualidades, son presas voluntarias, pero esposas de Christo, no); suspiran á los bienes celestiales, y sus corazones son puros templos del Espíritu Santo, en donde tan solo resuenan los cánticos del amor y de las divinas alabanzas.

Muy bien discurrían los fervorosos Misioneros, que en este punto están conformes los incrédulos de nuestros dias: y por lo mismo,

atentos á destruir la religion católica, procuran exterminar los asilos de la virginidad. Los unos para ocupar sus bienes, y los otros porque los creen contrarios á las luces del siglo. En esta parte creo que los primeros son menos perversos, porque no pasan de públicos ladrones; pero los segundos son mas bárbaros, mas obscenos y mas salvages que los mismos idólatras; entre los cuales fueron tan veneradas las vírgenes Vestales. Pero siguiendo mi relacion, los Misioneros se resolvieron á ejecutar su proyecto, que ciertamente parecia temerario. Porque en un pais idólatra, expuesto á crueles persecuciones, y en el que estaba proscripta la religion Católica, ¿qué joven, por mas valerosa que se la suponga, se habia de resolver á tan heroico sacrificio? Pero todo lo venció la constancia de los Misioneros, y á todo se arriesgaron las magnánimas vírgenes Tunkinas. Como dice muy bien el doctor místico San Juan de la Cruz; ordinariamente las virtudes ó defectos de los Padres espirituales se imprimen fácilmente en las almas que están entregadas á su dirección: y siendo tan valerosos los ministros, no habian de ser tímidas sus hijas espirituales. Las mugeres, aunque naturalmente son tímidas y cobardes; pero cuando son elevadas por Dios á la virtud heroica, son mas valerosas que los hombres; como se observa en Judith, Ester, Santa Catalina de Sena, las Leocadías y Eulalias. Por esto decia la Doctora española, la incomparable Santa Teresa de Jesus: "Cuando el alma tiene á su favor los auxilios del Señor, caerán postrados á sus pies todos sus enemigos;" y por esto cantaba la Santa Virgen no con menos gracia que piedad:

«Quién á Dios tiene
Nada le falta
Solo Dios basta.»

Así sucedió á los Misioneros Dominicos y á sus hijas espirituales. Ellos vieron coronados todos sus esfuerzos, y premiados tan abundantemente sus trabajos, que lograron erigir veinte y un monasterios, poblados de vírgenes sagradas del Orden de Predicadores. Es verdad que las costumbres del Reino favorecieron á su empresa. Ningun literato ignora que los chinos veneran y respetan las mugeres hasta el extremo de no permitir que las jóvenes

decentes salgan á la calle, si no son llevadas en sillas de manos y cubiertos sus rostros. En las habitaciones de las casadas tan solo puede entrar el marido; que hasta á los domésticos les está prohibido.

Pero ¿quién no admirará la transformación de costumbres verificada en aquel reino gentíl? ¡Qué contraste tan prodigioso! En las calles, en las casas inmediatas á las moradas de las vírgenes sagradas resuena la blasfemia, se practica la abominable idolatría, reinan la superstición, la impureza, la mentira y el engaño; pero en los monasterios de las vírgenes de Christo se perciben los cánticos celestiales, se tributa adoración al verdadero Dios; y en el silencio de sus moradas tan solo se oyen los gemidos amorosos y las fervorosas oraciones de aquellas avecillas del Cielo. La singular virtud de estas vírgenes sagradas tanto más resplandece, cuanto más carecían del pasto espiritual de sus ministros. Los misioneros no podían administrar sino en la noche, por no caer en poder de los tiranos: estaban distraídos con el cuidado de innumerables cristianos que se hallaban en puntos muy apartados; y así no podían confesar, ni administrar la eucaristía á las vírgenes sagradas sino muy de tarde en tarde. Pero como muy bien decía Sta. Teresa de Jesús á sus hijas: la perfección no consiste en comulgar todos los días, sino en pelear valerosamente contra nuestras perversas inclinaciones, en la mortificación de nuestra carne rebelde, en el olvido total de las vanidades del mundo, y en la continua y fervorosa meditación de las cosas eternas.

PARRAFO QUINTO.

ESTADO ACTUAL DE LAS MISIONES EN EL REINO DEL TUNKIN.

Grandes esperanzas se prometían los misioneros Dominicos con los frutos de bendición que recogían en aquel reino. Pero ¡oh desgracia digna de toda compasión! No pudo sufrir el espíritu de tinieblas que la religión católica se propagase tan prósperamente.

Suscitó en el Tunkin un tirano digno por su crueldad de ser comparado con los Decios y Nerones. Minh-Manh es el nombre del Rey tirano del Tunkin, que tan ferozmente persiguió la religión Católica en sus dominios por espacio de diez años. Su padre Gia-Lang fué muy político, muy suave y muy humano para sus vasallos. Era gentil, pero trataba muy bien á los cristianos. Como había observado que los Reyes perseguidores de la religión Católica habían tenido un reinado infeliz (esto mismo se observa en todos los reinos y en todos los siglos, pues apenas hay impío que no tenga una muerte desgraciada), encargó á su hijo, estando en su última enfermedad, que jamás prohibiera la religión Católica, si no quería padecer muchos males y perder el reino. El hijo observó por algún tiempo los consejos de su buen padre, pero muy luego manifestó el odio que tenía á la religión Católica. En el año de 1832 publicó un decreto contra la religión, en el que mandaba recoger los Rosarios, estampas y los libros que tratasen de religión: mandó derribar los templos; profanó las vestiduras sagradas: prohibió el culto público y la enseñanza de la religión católica. Por último, desplegando este tirano todo su furor, mandó que fuesen buscados diligentemente los Misioneros españoles, imponiendo pena de muerte á los que los ocultasen. Dió órdenes severas á los Mandarines [Gobernadores de Provincia] para que colocasen en las plazas las imágenes de Jesuchristo Crucificado; y convocando al pueblo, le obligase á pisar las imágenes sagradas, con el objeto de descubrir los que eran cristianos.

Como las penas impuestas contra los que se mantuviesen constantes en la fe de Christo, eran tan severas, no faltaron almas tímidas y cobardes; que vencidas del temor ó de los tormentos, pisaron la imagen de aquel Divino Salvador que fué pisado y muerto para elevarnos al Cielo. No admiro la caída de aquellos neófitos, pues siendo tan grande nuestra fragilidad, no me causa estrañeza que se intimidasen con la presencia de tan atroces tormentos. Los que no tienen disculpa alguna á su favor, los que cometen un crimen el más detestable, son los muchos de entre los católicos que diariamente se agregan á las filas de la incredulidad, movidos de la ambición, de la avaricia, del orgullo, y para dar ensanche á las más degradantes pasiones: y los hay tan necios, que son incrédulos.